

JANA BEŇOVÁ  
Manual de despedidas

TRADUCCIÓN DE PATRICIA GONZALO DE JESÚS

narrativa & texto p. 150



# Manual de despedidas

JANA B EŇOVÁ

TRADUCCIÓN DE PATRICIA GONZALO DE JESÚS

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original Café Hyena  
(Plán odprevádzania)

Copyright © JANA BEŇOVÁ, 2008, 2012

Primera edición: 2020

Traducción  
© PATRICIA GONZALO DE JESÚS

Imagen de portada  
Pósteres en la pared del CAFÉ HAWELKA  
© IMAGNO/GETTY IMAGES

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020  
América 109,  
Parque San Andrés, Coyoacán  
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España  
[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación  
GRAFIME

ISBN : 978-84-18342-07-3

Impreso en España Este libro se ha publicado con el apoyo financiero de SLOLIA, Centro para

la Promoción de la Literatura en Bratislava



Cofinanciado por el  
programa Europa Creativa  
de la Unión Europea

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea.  
Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor.  
La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

¿Qué más debería vivir Uršul' a  
después de la página 399?  
RUDOLF SLOBODA

## I. PETRŽALKA-GALÁPAGOS

PETRŽALKA  
*THE SHADOW OF MY SMILE*

PETRŽALKA  
*MY OWN STYLE*

PETRŽALKA  
*THE SOUND OF MY HEART*

PETRŽALKA  
*ALWAYS ON MY MIND*

Un auténtico petardo. El vecino de al lado de Ian y Elza es un señor mayor. Han pasado años y sigue pensando que Elza es el hijo de Ian. La saluda con un campechano «Buenas», y de cuando en cuando le da una palmadita amigable en el pecho.

El vecino no soporta los petardos. Cuando los niños se ponen a tirarlos, sale corriendo al mirador a gritar: «¡Cabronazo!». Una y otra vez. Así se inaugura la época navideña en el barrio de Petržalka : cabronazocabronazoca.

El vecino no es un ser humano, es en esencia, a su manera, un petardo. Un detonador. Esta noche Elza peregrina hasta su puerta para no tener que escuchar a través de la pared un programa de entretenimiento que emiten por televisión. Le pide que baje el volumen. Le brillan los ojos: es la combinación del alcohol y las lágrimas.

–Pues no sé –dice altivo, lleno de energía positiva–. Es un programa para socorrer a los montes Tatra, así que pensé que todos, que todo el mundo... –solloza el vecino.

Elza se marcha, entra en su piso, el televisor al otro lado de la pared ya no está a toda pastilla. Ahora el que está a toda pastilla es el vecino. «¡Putos húngaros!». Una y otra

vez. A Elza, echada en la cama, se le caen las lágrimas. Una y otra vez. Para socorrer a Petržalka.

Petržalka es un lugar donde el tiempo no tiene ninguna relevancia. Viven allí seres que el resto del globo terráqueo piensa que ya no existen, que se han extinguido. Buenos y malos. Las formas de las cucarachas recuerdan a dinosaurios, la voz del vecino no sale de la garganta, sino de entre los colmillos de una fiera.

Elza sale a toda prisa al mirador, saca una botella del cubo de la basura y se asoma por el lado que da al vecino. Junto a la pared hay un acuario vacío. Lanza la botella al centro y corre a esconderse otra vez en la cama. Oye al vecino salir, por un momento se hace el silencio. Elza se estremece.

–*Portugais bleu* –lee a continuación entre los fragmentos de cristal el vecino, asombrado. Se hace entonces la paz en la tierra.

En los pisos de Petržalka suenan y hablan todas las paredes. Uno refresca canciones que creía que el mundo ya había olvidado. El tiempo se detiene, las radios permanecen años sintonizadas en una misma emisora. La raya que la señalaba en el dial ha caído con el paso del tiempo al interior del aparato. Al fondo del museo etnográfico.

Elza ha descubierto que en la radio aún hoy siguen emitiendo el programa *Dedicatorias*. Lo recordaba de su infancia. Durante el socialismo lo tenían sintonizado en todas las peluquerías.

Elza le pide a su vecino que no escuche las canciones y las felicitaciones a todo volumen. El vecino está plantado en la puerta en calzoncillos, descalzo. Lloro. Al oír una *brass band* se ha acordado de su difunta madre.

Visitan al vecino dos hijos: –¡Espabila, papá! ¡Te estás dejando! ¿Qué te ocurre? ¿Me llamas a Austria desde un número checo a la red móvil de Eurotel? Luego el que lo tiene que pagar todo soy yo. ¡Mírate, joder! ¡Reacciona! Te digo una cosa y a las dos semanas ni te acuerdas.

–¡No me vengas con detalles! No quiero saber los detalles –le suplica el padre.

Elza decide acechar a los hijos en la calle, ante el edificio, y pedirles que no retransmitan sus dramas familiares a voces hasta las tres de la mañana. Después de permanecer medio día junto al portal se da cuenta de que no sería capaz de distinguir a los hijos del vecino de otros jóvenes de Petržalka. Todos son altos, de constitución abotagada, tienen la cabeza afeitada y cara de tortita.

ELZA. El territorio al otro lado del río me parecía peligroso cuando era niña. Mis padres y yo vivíamos en la Ciudad Vieja. El Puente Viejo es el comienzo de un camino impredecible: el sendero a mano izquierda, que cuelga sobre el precipicio por el cual corre el río parduzco. La frontera en la que el paseo dominical se transforma en la lucha por la vida. Por eso más allá sólo debían aventurarse adultos mayores de dieciocho años.

Desde la orilla de la ciudad a menudo contemplo el parque de atracciones: la puerta de acceso a Petržalka. Me esfuerzo por evitar la mirada abrasadora de las esfinges. Guardan la entrada mientras se hacen las juguetonas. Caballitos, patos y cisnes de dimensiones y colores gigantescos dan vueltas en un círculo vicioso, hermético. Giran en un circuito diabólicamente restringido. Sobre ellos rotan ruedas de niños que chillan y gritan. El inexorable movimiento rotatorio engulle el paisaje.

No hay escapatoria: es imposible romper el círculo. Un par de críos se arrepienten de su decisión: se aferran cris-

pados a la indómita testuz de los caballos de pega mientras lloran.

–Así es la vida –dice el del tiovivo, mirando al cielo y aumentando la velocidad.

Algunos días el parque de atracciones parece cerrado, averiado. No funcionan más que un par de carruseles y un tiro al blanco. Los conductores de los tiovivos deambulan por el recinto embarrado. Personajes trágicos evocan la Inglaterra de los tiempos en que se empleaban niños para limpiar chimeneas.

En el auto azul de los coches de choque se me corta la respiración al colisionar con el rojo. Mi padre, siempre que la conversación deriva hacia los carruseles, cuenta la historia del cisne que salió disparado con dos niños pequeños dentro.

La abuela entra conmigo en el laberinto de espejos y, cuando no somos capaces de encontrar la salida (ningún camino, ninguna puerta, los espejos no son ventanas, nada, sólo la abuela y yo, yo y la abuela, una y otra vez, y nuestras caras en los espejos, cada vez más pálidas), después de media hora, nos ponemos a llamar al señor que nos vendió las entradas para que nos saque de allí. Para que nos muestre el camino.

Mamá y la abuela, un par de años después, se pierden en Petržalka. Se suben al autobús correcto, pero en dirección contraria. En vez de al centro, se las lleva cada vez más hacia las profundidades del barrio.

Cuando se apean, despavoridas, ya ha oscurecido y nieva. Jamás podrán llegar a casa, jamás encontrarán la salida.

–Por favor, ¿cómo se llega a Bratislava? –le suelta mamá a una chica que espera en la parada.

–Pero si ya está usted... Esto es Bratislava –se sorprende la chica.

Mamá se ríe desvalida.

–Quiero decir al centro de Bratislava.



Al pasar el puente, mamá le pregunta a la abuela si se ha fijado en la cara tan rara que tenía la muchacha. Enteramente como una tortita.

Cuando Ian y yo queremos acostarnos por primera vez, me dice que vive en Petržalka. Ni me inmuta. (Me percató de que no me he inmutado).

El puente es peligroso, sobre todo si una lo cruza a pie. El río está demasiado cerca. La frontera entre el agua y el aire es sugestiva. Temo que de repente me dé por saltar. Sin preparativos, sin un solo pensamiento luctuoso, sin la interjección «hop», nada de dramas ni vacilaciones: un despreocupado salto reemplaza mis pasos cadenciosos por el puente.

Cuando más ganas tengo de saltar es en invierno. Con la capa de abrigo se siente una impenetrable e intocable. Y ansía un cambio. Igual que un nómada desea cambiar de aires: así anhelo yo en invierno cambiar mi estado de agregación de la materia. En lugar de torpes pasos inseguros por la superficie helada del puente, el salto será vuelo. Después un momento en el límite. Se prolonga un instante, cuando ya estoy sumergida en el agua pero ésta todavía no se ha infiltrado en la capa de ropa sobre el cuerpo. Cala despacio, pesada y verde como caramelos de menta: llena los bolsillos, penetra en los zapatos.

Se ha subido al autobús una tortita. Extiende ante mí sus carnosos brazos tatuados. He preferido entornar los ojos.

Para no tener que mirar esas figuras galopando entre llamas, esa cara de tortita enmarcada por el paisaje lunar al otro lado de la ventana. Me dejó llevar y bambolear con los ojos entreabiertos.

Tal vez precisamente por estas imágenes de Petržalka fue por lo que Ian hace años perdió la vista durante un tiempo. Decidió que era mejor no ver nada, no mirar alrededor, no atisbar, no observar... Petržalka.

Ian recuerda que una vez, después de muchos años, vino a visitarlo un amigo de la infancia que había emigrado en el sesenta y ocho a Canadá. Se quedó un rato mirando Petržalka por la ventana del piso... y no volvió a visitar su ciudad natal.

–Así que ésta es ahora tu vida –dijo, le dio una palmada en el hombro a Ian y regresó a casa sin dejar rastro. No volvió a ponerse en contacto. Petržalka lo dejó sin su respiración canadiense.

La gente tatuada nunca me ha gustado. Me recuerdan a la trena y a los barcos piratas. Y a un obrero borracho en un tranvía estival. Volvía con mi madre de la piscina de camino a casa.

–¿Qué miras? –le espetó a mamá un obrero que tenía tatuados una sirena, un corazón atravesado por una flecha y el nombre Carmen en una de sus manos.

–No le estaba mirando –dijo mamá, y nos trasladamos al otro extremo del vagón.

A veces pienso que Ian no se quedó ciego a causa de Petržalka. Tal vez fue por mi culpa. Ya no soportaba ver nues-

tra vida en común. Como un tatuaje. Se trasladó al otro extremo del vagón.

Y su amigo canadiense jamás regresó a Eslovaquia porque se dio cuenta de que no lograría rescatar a nadie de Petržalka. Ni siquiera a su primer amigo y antiguo capitán del ejército infantil.

Más tarde, al recuperar la visión, lan aborrecía las cosas que le traían recuerdos de la ceguera. Las piedras resbaladizas en el fondo de los ríos, los lagos y el mar, el barro, las películas *Bailar en la oscuridad* y *Ray*, las gafas de natación y los alimentos de color oscuro (la carne de ternera, las setas chinas, los muslos de pavo).

Sin embargo, sólo veía ya por un ojo.

Las tortitas son devotos del culto a la muerte. Sus cráneos pelados son signo de necrofilia. No soportan nada que se afane por salir a la luz, nada que germine, que salga del cascarón. Les infunde respeto el hueso desnudo y reluciente, la calavera, el calcio puro. El pelo de las tortitas tiene su oportunidad ya bajo tierra. Entonces, por primera vez, tímidamente, en forma de pelusa, brota de los cráneos.

–¡Ajá! ¡Ajá! ¿Qué es esto? –grita un niño pequeño en una de las terrazas de Petržalka mientras agita los brazos en el aire como un pájaro.

–Nada –le responde un amigo.

–Se llama *Heil Hitler* –dice el crío, que sigue aleteando.  
Alza un poco el vuelo.

Ian y Elza se encontraban entre los «desperados» de Bratislava. No trabajaban en ninguna agencia de publicidad ni trataban de ahorrar para comprarse un piso o un coche mejores. A menudo pasaban el rato en cafeterías de postín. Todo el dinero que ganaban lo dilapidaban en comida, bebida y tabaco. Se comportaban como estudiantes (su lema: «El único dinero que de verdad se malgasta es el que se ahorra»). Se habían sumado al despreocupado estrato de personas que no adquirirían más que aquello que se podía mear, cagar, exhalar: reciclar en un plazo de veinticuatro horas.

Y gracias a esta gente desesperada lograban salir adelante, en el centro de la ciudad, cafeterías y restaurantes donde todo costaba cien veces más de lo aceptable.

De cuando en cuando saboreaban dichosos otros alojamientos: pensiones u hoteles. No importaba en qué ciudad. Era una delicia vivir en cualquier parte que no fuera Petržalka. En el camino de regreso a casa siempre se apoderaba de ellos el temor de no saber qué podía estar esperándolos tras la puerta de su propio piso.

ELZA. A algunos les da diarrea cuando viajan a Egipto. A nosotros nos daba siempre que regresábamos a casa. A Petržalka.

Ian y Elza hacían el amor. Hasta su cuarto llegaban las voces de los *führer* infantiles que jugaban frente al bloque de pisos a sus cosas. Gritos. Insultos. Era otoño. Iba oscureciendo poco a poco. El placer del hombre y la mujer se entremezclaba con la vulgaridad del griterío infantil. Hacían el amor en silencio y con recato. Mirándose a los ojos. Como judíos escondidos en un sótano.

Toda ciudad de renombre tiene miradores. Te asomas y, de golpe, se extiende ante tus pies, la ves como en la palma de la mano, todo junto. En algunos miradores hay cafeterías en las que puedes comprar el agua y el vino más caros de la ciudad.

En todo mirador vive un anciano. Por lo general, canoso. Discreto, en un rincón, observa a los que miran. Los tiene como en la palma de la mano, todos juntos.

Se acerca a los indefensos, los mira fijamente a la cara un instante y, acto seguido, sus manos salen disparadas al aire, se pone a vomitar nombres y denominaciones de edificios y monumentos famosos. Señala desplazando el dedo de un edificio a otro, como si jugara con la ciudad al ajedrez y los moviera con disimulo. Continúa a pesar de indicarle que conoces bien la ciudad. Todos los edificios y monumentos. Que no eres un turista. Que has nacido aquí y que abandonas la ciudad sólo durante los calurosos meses estivales.

Entonces extiende la mano y pide tres euros para un café.

ELZA. Yo soy el anciano de Bratislava. Aguardo en la colina del castillo. Ahí está el mejor mirador para turistas. Observo y selecciono. A continuación me acerco a las víctimas, las miro fijamente a la cara un instante, extendiendo el brazo a lon-

tananza en dirección a la otra orilla y señalo la ciudad blanca tras el río: Petržalka, Pe-tr-žal-ka.

Soy clavada al canoso anciano Freud en el momento en que lo citó la Gestapo. Se había trasladado justo enfrente de su apartamento (Berggasse 19). Una ventana frente a otra. Antes de permitirle abandonar el país, tuvo que firmar que no le habían hecho nada malo. El anciano firmó y añadió la frase: «No puedo sino recomendar la Gestapo a todo el mundo».

Muecines. Voces que llegaban. Que golpeaban al otro lado de la pared, descendían de las alturas, pateaban. El rítmico canto de los muecines de Petržalka. Despertaba a Elza por la mañana temprano. Antes del amanecer.

En el piso de abajo vivía una mujer mayor con su madre inválida. No salían de casa y ambas estaban casi sordas. Su conversación sin fin comenzaba antes del amanecer. Se despertaban temprano, no podían dormir. Las dos ancianas analizaban cada mañana la existencia: la propia y la de los demás. (Desde sus orígenes). Se aferraban al cotilleo como a la vida.

Elza estaba tumbada en la cama. La incomodaban las voces que provenían del piso de abajo. Tenía la sensación de que las ancianas graznaban en el interior de la almohada bajo su cabeza. Estaban allí cada mañana. Desde los orígenes del mundo. Aquella senil domesticidad palpitaba bajo su cabeza.

–Mamá, eres una paciente muy difícil –le chillaba una anciana a la otra–. Estás de los nervios todo el rato. Te quejas... de los médicos, de las enfermeras, de la diálisis. Nunca estás conforme con nada. Y sin embargo, en ese cuar-

to..., el resto de las abuelas están tumbadas en silencio, ni abren la boca...

–Porque son bobas –graznaba la otra anciana. Y a medida que salía el sol, se unían otros.

No puedo sino recomendar Petržalka a todo el mundo.

El chillido de una chica, criada a base de películas porno, que al follar gritaba como si la estuvieran destripando. Por la izquierda llegaba el monólogo de una mujer engañada. «Me emborrachasteis y luego vendisteis a escondidas el reloj antiguo, cafres. Pero este piso es de mi propiedad. Os echaré de una patada en el culo a todos. Os iréis con la música a otra parte, sinvergüenzas. Me lo ocultan todo, me roban las toallas, me abollan las cazuelas. ¡Eso sí: que lo suyo quede intacto!».

La música a todo volumen invadía el piso. Como si fuera a reventar. Los muebles y Elza temblaban. Alguien salió de golpe al balcón: «¡Se acabó! ¿Me oyes? ¡Lo nuestro se ha terminado! Te he querido a más no poder, pero me acabas de ofender profundamente. Pero eso ya te puede dar igual. Te amo, pero no quieras saber más de mí. ¡Y ya no es para nada asunto tuyo *cuántaspollasmepasoporelcoño!*».

Elza salió pitando del piso. Pensando que jamás regresaría. ¡Acasa!

Dio un paseo por el barrio de chalés de Palisády. Contemplaba las *ventanasiluminadas*. Por las calles resonaba el blando eco de *suspropiospasos*. El silencio era rutilante. Su respiración profunda y regular.

En cuanto cruzó el umbral de su propio piso, se le aceleró involuntariamente. Le oprimía la tripa un mar de *resbaladizaspiedrasenfangadas*. En la habitación reinaba el silen-